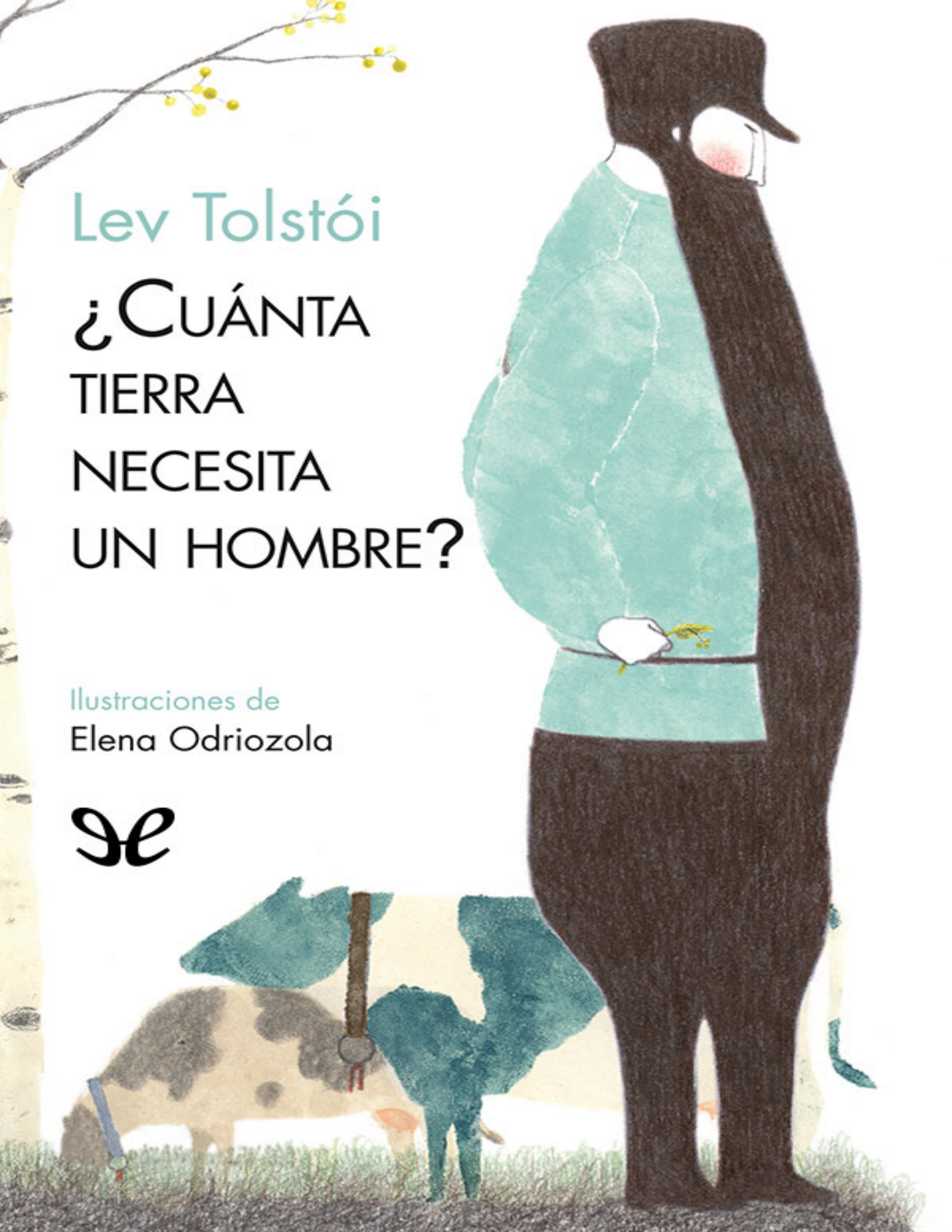
Lev Tolstói

¿Cuánta tierra necesita un hombre?

Ilustraciones de
Elena Odriozola



Escrito en 1886, *¿Cuánta tierra necesita un hombre?* es una modernísima parábola sobre la ambición del ser humano. Pajom es un campesino al que ninguna extensión de tierra satisface: cuanta más tiene, más necesita. Al conocer que los habitantes de una lejana región, los bashkirios, le ofrecen tanta tierra como pueda recorrer en un día, no lo dudará e intentará abarcar la mayor cantidad posible…

La prosa de Tolstói —decía Nabokov— late al ritmo de nuestro corazón. Elena Odriozola (Segundo Premio Nacional de Ilustración 2006) ha captado ese pulso narrativo y nos lleva con sus imágenes a la tierra que vio nacer a Pajom, permitiéndonos acompañarle en su viaje por la estepa rusa, marcado por el ritmo de su ambición. Las vacas serán testigo de ese afán.

Título original: *A Child's Christmas in Wales*
© The Trustees for the Copyright of Dylan Thomas, 1955
© De las ilustraciones: Pep Montserrat, publicadas originalmente en Viena Edicions
© De la traducción: María José Chuliá García
Edición en ebook: julio de 2015

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-16440-14-6

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Ana Patrón
Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenido

Portadilla
Créditos
Autor
Ilustraciones

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
Contraportada

I

UNA hermana mayor fue al campo a visitar a su hermana menor. La mayor vivía en la ciudad y estaba casada con un comerciante; la menor, mujer de un campesino, residía en la aldea. Las hermanas bebieron té y charlaron. La mayor empezó a alabar las ventajas de vivir en la ciudad, comentando qué espaciosa y limpia era su casa, qué bien vestidos iban, qué elegantes prendas lucían sus hijos, cuántas cosas buenas comían y bebían, cómo iba en carroza, acudía al teatro e iba de paseo.

La menor, sintiéndose ofendida, empezó a menospreciar la vida de los comerciantes y a ponderar la de los campesinos.

—No cambiaría mi vida por la tuya —dijo—. Será todo lo gris que quieras, pero no sabemos lo que es el miedo. Es verdad que vuestro estilo de vida es más refinado, pero no es menos cierto que, aunque algunas veces obtenéis grandes ganancias, al día siguiente podéis perderlo todo. Recuerda lo que dice el proverbio: «La ganancia es hermana de la pérdida». A menudo sucede que hoy eres rico y mañana estás mendigando un pedazo de pan. En cambio, la vida del campesino es más segura: modesta, pero larga; nunca seremos ricos, pero siempre tendremos qué comer.

Entonces la mayor dijo:

—¡Ya! ¡En compañía de cerdos y terneros! ¡Sin ninguna elegancia ni modales! Por mucho que se afane tu marido, viviréis entre estiércol y entre estiércol moriréis; y la misma suerte conocerán vuestros hijos.

—¡Qué se le va a hacer! —replicó la menor—. Nuestras labores lo exigen. Pero en cambio nuestra posición es más firme; no tenemos que

inclinarnos ante nadie y a nadie tememos. Vosotros, en la ciudad, vivís rodeados de toda clase de tentaciones; hoy todo va bien, pero mañana el demonio puede tentar a tu marido con las cartas, el vino o una hermosa mujer. Y todo se convertirá en polvo. ¿Acaso no sucede así a menudo?

Pajom, el dueño de la casa, estaba tumbado en lo alto de la estufa y escuchaba lo que decían las mujeres.

—Es la pura verdad —exclamó—. Ocupados desde pequeños en cultivar a nuestra madre tierra, no tenemos tiempo de pensar siquiera en tonterías. ¡La única pena es que disponemos de poca tierra! ¡Si tuviera toda la que quisiera, no tendría miedo de nadie, ni siquiera del diablo!

Las mujeres acabaron de beber el té, charlaron un rato de vestidos, recogieron la vajilla y se fueron a la cama.

El diablo se había sentado detrás de la estufa y lo había escuchado todo. Se había alegrado mucho de que la mujer del campesino hubiera inducido a su marido a alabarse: se había jactado de que, si tuviese mucha tierra, no temería ni siquiera al diablo.

«De acuerdo —pensó el diablo—. Haremos una apuesta tú y yo: te daré mucha tierra y gracias a ella te tendré en mi poder».

II

Cerca de la aldea vivía una pequeña propietaria, dueña de una hacienda de ciento veinte *desiatinas*. Antes siempre había vivido en paz con los mujiks, sin perjudicarlos en modo alguno. Pero un día contrató como administrador a un soldado retirado, que empezó a abrumarlos con multas. Por muy atento que estuviera Pajom, tan pronto un caballo se metía en un campo de avena como una vaca se colaba en el huerto o las terneras entraban en los prados; y cada vez recibía una multa.

Pajom pagaba y luego, en casa, insultaba y pegaba a los suyos. Aquel verano tuvo tantos quebraderos de cabeza por culpa de ese administrador que se alegró cuando llegó el momento de encerrar el ganado en los establos; aunque le molestaba tener que procurarse forraje, al menos estaría libre de temores.

Durante el invierno corrió la voz de que la señora quería vender la tierra y ya estaba en tratos con el posadero del camino real. Los campesinos recibieron la noticia con no poca inquietud. «Si el posadero se queda con la tierra —pensaban— nos acribillará a multas; estaremos aún peor que con la señora. No podemos vivir sin esa tierra; la compraremos entre todos».

Así pues, una asamblea de campesinos fue a ver a la señora para rogarle que no vendiera la tierra al posadero y le ofrecieron pagar un precio más alto. La señora aceptó. Los campesinos trataron de concertarse para comprar toda la tierra; se reunieron una vez y después otra, pero no se pusieron de acuerdo. El diablo sembró la discordia entre ellos y no fueron capaces de alcanzar un compromiso. Entonces los campesinos decidieron comprar parcelas individuales, cada cual según sus medios. La señora aceptó también esa solución. Pajom se enteró de que su vecino había comprado veinte *desiatinas* a la señora, que había aceptado aplazar la mitad del pago hasta el

Д

año siguiente. Lleno de envidia, pensó: «Comprarán toda la tierra y yo me quedaré sin nada». Entonces decidió hablar con su mujer.

—Todos compran —dijo—. También nosotros deberíamos comprar unas diez *desiatinas*. Así no podemos seguir: ese administrador va a acabar con nosotros a fuerza de multas.

Se pusieron a pensar en lo que podrían hacer para comprar esa tierra. Habían ahorrado cien rublos; vendieron el potro y la mitad de las colmenas, mandaron al hijo a trabajar y Pajom pidió un préstamo a su cuñado; de ese modo lograron reunir la mitad del dinero.

Una vez amasada esa suma, Pajom eligió una parcela de quince *desiatinas* con un bosquecillo y fue a tratar con la señora. Llegaron a un acuerdo, se estrecharon la mano y Pajom entregó una señal. Luego fueron a la ciudad para firmar el acta de compraventa; él entregó la mitad del dinero y se comprometió a pagar el resto en dos años.

Así fue como Pajom adquirió esa tierra. Compró semillas a préstamo y sembró. La cosecha fue tan buena que al cabo de un año consiguió saldar las deudas con la señora y con su cuñado. Y Pajom se convirtió en propietario: araba, sembraba y segaba heno en su propia tierra; talaba sus propios árboles y sacaba a pastar al ganado a sus propios prados. Cuando iba a arar sus campos o se quedaba mirando los sembrados y las praderas, su corazón se exultaba de alegría. Hasta tenía la impresión de que las hierbas y las flores eran diferentes ahora. Antes, cuando pasaba por aquellas tierras, le parecían como las demás; ahora se le antojaban completamente distintas.

III

Pajom estaba muy satisfecho con su vida. Todo podría haber ido bien, pero los campesinos vecinos empezaron a hollar sus sembrados y sus prados. Les pidió por favor que no lo hicieran, pero no hubo manera: tan pronto los pastores dejaban pasar las vacas a los prados como los caballos que pastaban de noche entraban en sus sembrados. Al principio Pajom los echaba y perdonaba a los propietarios, pero luego perdió la paciencia y fue a quejarse al tribunal del distrito. Sabía que el comportamiento de los campesinos obedecía a su pobreza, que no lo hacían con mala intención, pero pensó: «No puedo dejar así las cosas; si no, acabarán con todo. Hay que darles una lección».

Así pues, con la ayuda del tribunal, les dio una lección y luego otra; uno o dos campesinos fueron condenados a pagar una multa. Sus vecinos empezaron a cogerle ojeriza; volvieron a causar estragos en sus campos, esta vez a propósito. Una vez uno de ellos entró en su bosquecillo y taló diez jóvenes tilos para aprovechar la corteza. Al pasar un día por el bosque, Pajom creyó ver algo blanco. Se acercó y vio los troncos por el suelo, al lado de los tocones. Si al menos hubiera cortado los de los bordes y hubiese dejado uno aquí y allá, pero el muy canalla había cortado uno detrás de otro. Pajom se enfureció. «Ah, si pudiera saber quién ha sido —pensó— se lo haría pagar». Tras darle muchas vueltas, llegó a la conclusión de que solo podía haber sido Siomka. Fue al patio de Siomka a echar un vistazo, pero no descubrió nada y acabó discutiendo con él. No obstante, plenamente convencido de su culpabilidad, puso una denuncia. Juzgaron a Siomka, pero el tribunal lo absolvió por falta de pruebas. Pajom se ofendió aún más y riñó con los jueces y con el jefe de la aldea.

—Estáis confabulados con los ladrones —dijo—. Si respetarais la justicia, no soltaríais a esos maleantes.

Pajom discutió con los jueces y con los vecinos, que le amenazaron con prender fuego a su casa. En definitiva, aunque Pajom tenía muchas más tierras, su posición era peor que antes.

Д

Por esa época corrió el rumor de que la gente emigraba a lugares nuevos. «No tengo ninguna razón para marcharme de mis tierras —pensó Pajom—, pero si algunos de nuestros vecinos se fueran, viviríamos con más holgura. Me quedaría con sus tierras y ampliaría mis propiedades. Entonces viviríamos mejor. Ahora padecemos demasiadas estrecheces».

Un día en que se hallaba en casa llamó a la puerta un mujik que pasaba por la aldea. Pajom le ofreció un lecho donde dormir, le dio de comer y charló con él. Entre otras cosas Pajom le preguntó de dónde venía. El mujik le dijo que venía de más allá del Volga, donde había estado trabajando. Poco a poco el mujik le contó que mucha gente se estaba estableciendo en aquellos lugares.

—Han venido campesinos de fuera, se han inscrito en el Registro y han recibido diez *desiatinas* por cabeza —dijo—. Es una tierra tan buena que si siembras centeno crece paja, hasta alcanzar la altura de un caballo, y tan grueso que cinco puñados forman un haz. Un mujik pobre de solemnidad —añadió—, que llegó sin un céntimo en el bolsillo, ahora tiene seis caballos y dos vacas.

Muy excitado, Pajom, pensó: «¿Por qué pasar apuros y estrecheces aquí cuando se puede vivir mejor en otro lugar? Venderé mis tierras y mi casa y con ese dinero me estableceré y llevaré mi propia hacienda. Aquí, con tantas apreturas, no hay quien viva. Pero antes es preciso que vaya a enterarme de todo en persona».

Ese mismo verano preparó lo necesario y partió. Descendió por el Volga en un vapor hasta Samara y a partir de allí cubrió a pie unas cuatrocientas verstas. Llegó al lugar y comprobó que todo lo que había oído era cierto. Los campesinos vivían con holgura; cada hombre recibía diez *desiatinas* y en el Registro inscribían de buena gana a los recién llegados. Si alguien llegaba con dinero, además de la parcela que se le asignaba, podía comprar, con derecho a perpetuidad, toda la tierra que quisiera. La tierra de mejor calidad se vendía a un precio de tres rublos la *desiatina*. ¡Podía uno comprar cuanto se le antojara!

Una vez enterado de todo, Pajom regresó a su casa en otoño y empezó a vender cuanto tenía. Vendió la tierra con beneficio, vendió la casa, vendió

todo el ganado, se dio de baja en el Registro y, cuando llegó la primavera, partió con su familia a esos nuevos lugares.

IV

Una vez allí, Pajom se inscribió en el Registro de una gran aldea. Ofreció de beber a los ancianos y puso en orden todos los papeles. Como su familia se componía de cinco personas, le entregaron cincuenta *desiatinas* de tierra en campos diferentes, con los pastos aparte. Pajom se estableció y compró ganado. Ahora tenía tres veces más tierra que antes, contando solo la que le habían asignado. Y era una tierra estupenda para el cultivo del cereal. Su situación era diez veces mejor. Había gran abundancia de pastos y de tierras de labor y podía tener todo el ganado que quisiese.

Al principio, mientras se ocupaba de la construcción de la casa y de todos los preparativos, estaba muy contento; pero una vez que se acostumbró, también esa tierra le pareció poca. El primer año Pajom sembró trigo en la tierra asignada y obtuvo una buena cosecha. Le hubiera gustado sembrar más, pero había poca para distribuir y la que tenía ya no le servía, pues en esas regiones el trigo se siembra en tierras incultas o cubiertas de hierba; siembran un año o dos y luego dejan la tierra en barbecho hasta que vuelve a cubrirse de hierba. Eran muchos los que querían esa tierra y no había suficiente para todos. Así pues, surgían disputas. Los más ricos querían cultivarlas y los más pobres se las arrendaban a los comerciantes a cambio del pago de la contribución. Pajom quería sembrar más tierra. Al segundo año fue a ver a un mercader y arrendó tierras por un año. En suma, pudo sembrar más y obtuvo una buena cosecha, pero aquellas tierras estaban lejos de la aldea: había que cubrir quince verstas con los carros. Al cabo de algún tiempo Pajom advirtió que algunos campesinos-comerciantes de los alrededores vivían en granjas y se enriquecían. «No estaría mal si yo también pudiera comprar tierras a perpetuidad y construirme una granja —se

dijo—. Así lo tendría todo a la puerta de casa». A partir de ese momento Pajom no pensó en otra cosa.

Vivió de ese modo por espacio de tres años. Arrendaba tierras y sembraba trigo. Esos años las cosechas fueron buenas y Pajom empezó a ganar dinero. Vivía bien, pero le molestaba pagar cada año el arriendo de la tierra y tener que luchar por ella; porque, allí donde había una buena parcela, acudían enseguida otros campesinos y la acaparaban toda; así que, si no llegaba a tiempo se quedaba sin tierra para sembrar. El tercer año arrendó a medias con un mercader un prado de unos campesinos; habían empezado a ararlo cuando los campesinos les pusieron un pleito y el trabajo se perdió. «Si hubiera tenido mi propia tierra —pensaba—, no habría tenido que rendir cuentas a nadie y me habría ahorrado todos estos disgustos».

Y empezó a informarse de dónde podía comprar tierra a perpetuidad. Al poco tiempo conoció a un mujik que había comprado quinientas *desiatinas*, pero se había arruinado y las vendía a un buen precio. Pajom entabló negociaciones con él. Tras mucho regatear, se pusieron de acuerdo en una suma de mil quinientos rublos, mitad al contado y mitad a plazos. Habían cerrado ya el acuerdo, cuando un día un comerciante de paso se detuvo en casa de Pajom para dar de comer a los caballos. Bebieron un poco de té y charlaron. El comerciante le contó que venía de la lejana región de los bashkirios, donde había comprado cinco mil *desiatinas* de tierra por mil rublos. Pajom le hizo algunas preguntas y el comerciante dijo lo siguiente:

—Solo hay que ganarse la voluntad de los ancianos. Les he regalado batas y alfombras por valor de cien rublos, además de una caja de té; y he dado vino a los que les gusta la bebida. De ese modo he comprado la tierra a veinte kopeks la *desiatina.* —Le enseñó el acta de compraventa y añadió—: La tierra está a la orilla de un río y toda la estepa está cubierta de hierba.

Pajom le hizo más preguntas y el comerciante dijo:

—Hay tanta tierra que no podrías recorrerla en un año. Y toda pertenece a los bashkirios, que son tan inocentes como corderos. Se puede conseguir la tierra casi de balde.

«¿Por qué voy a pagar mil rublos por quinientas *desiatinas* —pensó Pajom— y a contraer una deuda, cuando con esa misma cantidad puedo conseguir allí toda la tierra que se me antoje?».

V

Pajom preguntó al comerciante cómo podía llegar hasta allí y, en cuanto lo acompañó a la puerta, empezó a hacer los preparativos para el viaje. Confió la casa a su mujer y partió acompañado de un trabajador. Al pasar por la ciudad, compraron una caja de té, regalos y vino, como el comerciante le había aconsejado. Recorrieron unas quinientas verstas y al séptimo día llegaron a un campamento bashkirio. Todo era como el mercader le había dicho. Los bashkirios vivían en la estepa, a la orilla del río, en *kibitkas* de fieltro. No cultivaban la tierra ni comían pan. Su ganado y sus caballos vagaban en rebaños por la estepa. Tenían los potros atados a las *kibitkas* y dos veces al día llevaban allí las yeguas, cuya leche utilizaban para elaborar *kumis*. Las mujeres batían el *kumis* y preparaban queso; los hombres no hacían nada: bebían *kumis* y té, comían carne de cordero y tocaban el pífano. De aspecto saludable y ánimo alegre, pasaban el verano de fiesta. Eran ignorantes y no hablaban ruso, pero se mostraban acogedores con los forasteros.

En cuanto vieron a Pajom, salieron de sus *kibitkas* y le rodearon. Encontraron un intérprete. Pajom les dijo que había venido para comprar tierra. Los bashkirios se alegraron mucho, llevaron a Pajom a una de las mejores *kibitkas*, le hicieron sentarse sobre alfombras, le pusieron debajo cojines de plumas, se acomodaron a su alrededor y empezaron a agasajarlo con té y *kumis*. Mataron un cordero y le dieron de comer. Pajom cogió los regalos que llevaba en el carro y los distribuyó entre los bashkirios; a continuación dividió el té entre todos. Los bashkirios se alegraron mucho, charlaron entre ellos y luego pidieron al intérprete que tradujera sus palabras.

—Me ordenan que te diga —dijo el intérprete— que les has caído bien y que tenemos por costumbre agasajar a nuestros huéspedes de todas las

maneras posibles e intercambiar regalos con ellos. Tú nos has hecho varios obsequios; ahora debes decirnos qué es lo que más te gusta de lo que tenemos para que podamos ofrecértelo.

—Lo que más me gusta es vuestra tierra —dijo Pajom—. La nuestra es escasa y está agotada; entre vosotros, en cambio, la tierra es buena y abundante. Nunca la había visto igual.

El intérprete tradujo. Los bashkirios estuvieron deliberando un buen rato. Pajom no comprendía lo que decían, pero veía que estaban alegres, porque gritaban y reían. Luego guardaron silencio y se quedaron mirando a Pajom, mientras el intérprete decía:

—Me piden que te comunique que, a cambio de tus regalos, te entregarán toda la tierra que desees. No tienes más que indicarnos cuál quieres y será tuya.

Los bashkirios se pusieron a hablar de nuevo, discutiendo entre ellos alguna cuestión. Pajom preguntó qué estaban diciendo y el intérprete le contestó:

—Unos aseguran que primero hay que consultar con el jefe y que no se puede hacer nada en su ausencia, mientras otros opinan que no es necesario su consentimiento.

VI

Mientras los bashkirios discutían, llegó un hombre con un gorro de piel de zorro.

Todos guardaron silencio y se pusieron en pie. El intérprete dijo:

—Es el jefe.

Sin perder tiempo, Pajom sacó la mejor bata que llevaba y se la ofreció, así como cinco libras de té. El jefe aceptó los regalos y se sentó en el puesto de honor. A continuación los bashkirios empezaron a decirle algo. El jefe los escuchó, hizo una señal con la cabeza para que se callasen y se puso a hablar con Pajom en ruso.

—Pues claro —dijo—. Elige la que más te guste. Hay tierra de sobra.

«Pero ¿cómo hago para coger toda la que quiera? —pensó Pajom—. Hay que ponerlo por escrito de algún modo. De otro modo, pueden decirme que es mía y luego quitármela».

—Os agradezco vuestras amables palabras —dijo—. Tenéis mucha tierra y yo solo necesito una poca. Pero me gustaría saber cuál es mía. Quisiera medirla de algún modo y poner por escrito que me pertenece. Porque la vida y la muerte están en manos de Dios. Vosotros sois buenos y me la dais; pero tal vez vuestros hijos me la quiten.

—Tienes razón —dijo el jefe—. Se puede poner por escrito.

—He oído que hace poco vino a veros un mercader —continuó Pajom—, al que también ofrecisteis un poco de tierra y con el que firmasteis un acta de compraventa. Me gustaría hacer lo mismo.

El jefe comprendió lo que quería.

—Se puede hacer así —dijo—. Tenemos un escribiente. Iremos a la ciudad y pondremos todos los sellos necesarios.

—¿Y cuál será el precio? —preguntó Pajom.

—Tenemos un solo precio: mil rublos por jornada.

Pajom no comprendió.

—¿Qué clase de medida es una jornada? ¿Cuántas *desiatinas* tiene?

—Nosotros no sabemos contar de ese modo —dijo el jefe—. Vendemos por jornadas. Toda la tierra que consigas recorrer en una jornada será tuya, al precio de mil rublos.

Pajom se sorprendió.

—En un día entero se puede recorrer mucha tierra —dijo.

El jefe se echó a reír.

—¡Toda será tuya! —dijo el jefe—. Pero con una condición: si antes del anochecer no has vuelto al punto de partida, perderás el dinero.

—¿Y cómo vamos a marcar los lugares por los que pase? —preguntó Pajom.

—Nos colocaremos en el lugar de partida y nos quedaremos allí, mientras tú vas y vuelves. Llevarás un azadón para hacer señales donde sea necesario; harás un agujero en cada extremo y dejarás al lado un montón de hierba; más tarde nosotros pasaremos con el arado de un agujero a otro. Puedes hacer el recorrido que quieras, pero debes regresar al punto de partida antes de que se ponga el sol. Todo el terreno que logres abarcar será tuyo.

Pajom se puso muy contento. Decidieron empezar por la mañana temprano. Estuvieron hablando un rato, tomaron más *kumis*, comieron un poco de cordero y volvieron a beber té. Cuando se hizo de noche, los bashkirios ofrecieron a Pajom un lecho de plumas y se separaron. Prometieron reunirse al amanecer, para llegar al lugar señalado antes de la salida del sol.

VII

Pajom se tendió en el lecho de plumas, pero no pudo conciliar el sueño. Seguía pensando en la tierra. «Marcaré una parcela muy grande. En una jornada puedo recorrer unas cincuenta verstas. En esta época un día dura tanto que parece un año. Y en cincuenta verstas hay un montón de tierra. La peor la venderé o se la dejaré a los mujiks y yo me quedaré con la mejor y la cultivaré con mis propias manos. Compraré dos bueyes para el arado y contrataré al menos dos trabajadores; sembraré medio centenar de verstas y dejaré el resto para que paste el ganado», pensaba.

Pajom no pegó ojo en toda la noche, pero justo antes del amanecer se quedó adormilado y tuvo un sueño. Estaba tumbado en esa misma *kibitka* y oía que alguien se estaba riendo fuera. Quiso saber de quién se trataba y se levantó. Cuando salió de la *kibitka* vio al jefe de los bashkirios; estaba sentado y, sujetándose la panza con las dos manos, se balanceaba y se reía a carcajadas. Pajom se acercó y le preguntó:

—¿De qué te ríes?

Entonces se dio cuenta de que no era el jefe de los bashkirios, sino el mercader que había pasado recientemente por su casa y le había hablado de esas tierras. Pero en cuanto le preguntó si llevaba mucho tiempo allí, advirtió que ya no era el mercader, sino aquel mujik que se había presentado en su casa mucho tiempo antes, procedente del Volga. Por último vio que tampoco era el mujik, sino el diablo en persona, con cuernos y pezuñas; estaba allí sentado, riéndose a carcajadas, delante de un hombre descalzo, vestido solo con camisa y pantalón. Pajom miró atentamente para ver quién era ese hombre y se dio cuenta de que estaba muerto y de que era él. Se despertó horrorizado. «¡Hay que ver qué cosas sueña uno!», pensó. Miró a su alrededor y a través de la puerta abierta vio que empezaba a clarear. «Hay

que despertar a la gente —se dijo—. Es hora de partir». Se levantó, llamó a su trabajador, que dormía en el carro, le ordenó que enganchara y se fue a despertar a los bashkirios.

—Ya es hora de que vayamos a la estepa a medir la tierra —dijo.

Los bashkirios se levantaron y se reunieron; al poco rato llegó también el jefe. Entonces se pusieron a beber *kumis* y ofrecieron té a Pajom, pero este no quería perder más tiempo.

—Si hay que ir, vamos —dijo—. Ya es hora.

VIII

Los bashkirios se reunieron y partieron, unos montados a caballo y otros en carros.

Pajom cogió un azadón y se instaló en su propio carro, acompañado de su trabajador. Cuando llegaron a la estepa, empezaba a amanecer. Subieron a una colina, que en bashkirio se llama *shijan*. Se apearon de los carros, descabalgaron y se reunieron. El jefe se acercó a Pajom y, señalando la estepa con la mano, dijo:

—Toda la tierra que abarcas con la vista es nuestra. Elige la que quieras.

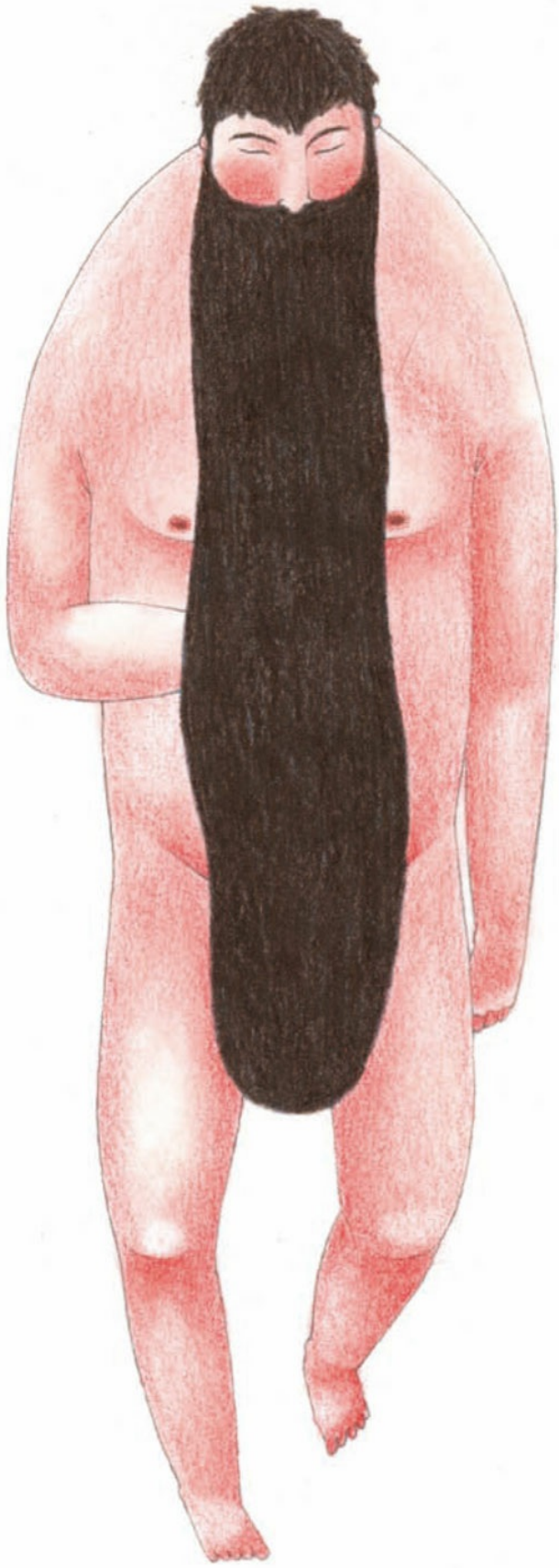
Los ojos de Pajom resplandecieron: toda la tierra estaba cubierta de hierba, era lisa como la palma de la mano y negra como la semilla de la amapola; en las hondonadas se veían hierbas de distintas clases, que llegaban hasta el pecho.

El jefe se quitó el gorro de piel de zorro y lo dejó en el suelo.

—Esta será la marca —dijo—. Partirás de aquí y aquí volverás. Y toda la tierra que recorras será tuya.

Pajom sacó el dinero, lo puso sobre el gorro, se quitó el caftán y se quedó solo con la chaqueta sin mangas; luego se ciñó bien el cinturón bajo la panza, se estiró, se metió en el seno una bolsa de pan, ató al cinto una garrafa de agua, se ajustó las botas, cogió el azadón de manos de su trabajador y se dispuso a partir. Estuvo un momento pensando por dónde empezar, pues toda la tierra le parecía buena. «Da lo mismo —decidió—: iré hacia levante». Se colocó de cara al sol y, desperezándose, esperó a que despuntase en el horizonte. «No debo perder ni un segundo se dijo. Con la fresca se camina mejor». En cuanto surgió el sol, Pajom se echó el azadón al hombro y se internó en la estepa.

Caminaba con paso intermedio, ni deprisa ni despacio. Después de recorrer una versta, se detuvo, cavó un agujero, puso un montón de hierba sobre otro para que se viese bien, y siguió adelante. Había entrado en calor y se movía con mayor ligereza. Al cabo de un rato, cavó otro agujero.



Pajom miró a su alrededor. A la luz del sol se veía bien la colina y la gente que estaba allí, así como el destello de las ruedas de los carros.

Pajom intuyó que había recorrido ya unas cinco verstas. Sintió calor, se quitó la chaqueta, se la echó al hombro y siguió adelante. Recorrió otras cinco verstas. El calor apretaba. Echó un vistazo al sol: era hora de desayunar.

«Ha transcurrido ya el primer cuarto de la jornada —se dijo Pajom—. Aún es pronto para dar la vuelta. Voy a descalzarme». Se sentó, se quitó las botas, se las ató al cinto y reemprendió la marcha. Ahora iba más ligero. «Recorreré otras cinco verstas y luego giraré a la izquierda —pensó—. Este lugar es muy bueno y da pena dejarlo. Cuanto más avanzas, mejor es». Y siguió en línea recta. Cuando se volvió, apenas pudo divisar la colina; los hombres parecían hormigas y se distinguía un leve resplandor.

«Bueno —pensó Pajom—, por esta parte he cogido bastante; hay que torcer. Además, estoy empapado en sudor y tengo sed». Se detuvo, cavó un agujero un poco más grande, puso unos trozos de hierba, desató la garrafa, bebió y giró a la izquierda. Después de mucho caminar, llegó a un lugar cubierto de hierba más alta; el calor se volvió sofocante.

Empezaba a sentirse cansado; miró el sol y vio que era la hora de comer. «Tengo que descansar un rato», pensó. Pajom se detuvo y se sentó. Comió un poco de pan y bebió agua pero no se tumbó. «Si me tumbo, me quedaré dormido», se dijo. Estuvo sentado un rato y luego reanudó la marcha. Al principio caminaba a buen paso. La comida le había dado fuerzas. Pero hacía muchísimo calor y tenía sueño. Sin embargo, siguió caminando, mientras pensaba: «Aguanta unas horas y vivirás como un rey el resto de tu vida».

Caminó también mucho en esa dirección y estaba ya a punto de girar a la izquierda cuando vio que un poco más lejos había una hondonada húmeda; le dio pena dejarla. «Ahí se dará bien el lino», se dijo. Y siguió en línea recta. Atravesó la hondonada, cavó un agujero y torció, creando de ese modo una segunda esquina. Se volvió a mirar la colina: el calor lo había vuelto todo borroso; algo parecía estremecerse en el aire y a través de la neblina, apenas se vislumbraba a los hombres: debían de estar a quince verstas. «He cogido dos partes muy largas —pensó Pajom—. Esta tiene que ser más corta». Caminó un poco en esa dirección, apretando el paso. Echó un vistazo al sol: estaba empezando a declinar, y de la tercera parte solo había recorrido dos verstas. Hasta el lugar de partida quedaban unas quince. «No —pensó—, aunque quede una parcela irregular, debo seguir en línea recta, sin coger demasiado. De todas formas, tengo tierra de sobra». Cavó a toda prisa un agujero y se dirigió en línea recta hacia la colina.

IX

Empezaba a sentirse cansado. Estaba empapado en sudor y tenía los pies descalzos, llenos de heridas y magulladuras; las piernas apenas le sostenían. Le hubiera gustado descansar, pero no podía, pues no llegaría a tiempo antes del ocaso. El sol no esperaba; no hacía más que bajar y bajar. «Ah —pensó —, ¿no me habré equivocado y habré abarcado demasiado? ¿Y si no llego a tiempo?». Contempló la colina y echó un vistazo al sol: quedaba mucho para llegar al punto de partida y el sol estaba ya cerca del horizonte.

Siguió caminando, a pesar del cansancio, apretando cada vez más el paso. Pero por más que andaba, seguía estando lejos. Finalmente echó a correr. Arrojó la chaqueta, las botas, la garrafa y el gorro, quedándose solo con el azadón, en el que se apoyaba. «Ah —pensó— he sido demasiado codicioso y lo he echado todo a perder; no lograré llegar antes de la puesta del sol». Y ese miedo hacía que respirara aún peor. Pajom corría, con la camisa y los pantalones pegados al cuerpo por el sudor; tenía la boca completamente seca. El pecho se le dilataba como el fuelle de una fragua, el corazón le latía como un martillo y no sentía ni sus propias piernas. Aterrorizado, Pajom pensó: «Mientras no muera de agotamiento».

Tenía miedo de morir, pero no podía detenerse. «He corrido tanto —se dijo— que, si me detengo ahora, dirán que soy tonto». Siguió corriendo; cuando llegó más cerca oyó que los bashkirios chillaban y gritaban. Al oírlos, el corazón le latió aún más deprisa. Pajom hizo acopio de sus últimas fuerzas y siguió corriendo, mientras el sol se acercaba al horizonte, cubierto de niebla, grande, rojo, ensangrentado. Estaba a punto de desaparecer, pero ya no le quedaba mucho para llegar al punto de partida. Podía ver a los hombres en la colina, que agitaban los brazos y le animaban. Distinguía el gorro de piel de zorro en el suelo, con el dinero encima; el jefe estaba

sentado en el suelo y se sujetaba la panza con las manos. Pajom se acordó de su sueño: «Tengo mucha tierra, pero quién sabe si Dios me dejará vivir en ella —pensó—. Ah, estoy perdido. No llegaré a tiempo».

Echó un vistazo: el sol había alcanzado la tierra; una de sus partes había desaparecido ya y la otra se recortaba como un arco contra el horizonte. Con las últimas fuerzas que le quedaban, Pajom aceleró el paso, inclinando tanto el cuerpo hacia delante que las piernas apenas conseguían seguirlo y a cada paso estaba a punto de caer. Justo cuando llegaba a la colina, se hizo de noche. Miró a su alrededor y vio que el sol ya se había puesto. Pajom gimió. «Todos mis esfuerzos han sido en vano». Estuvo a punto de detenerse, pero oyó que los bashkirios continuaban chillando; entonces se dio cuenta de que, aunque allí abajo reinaba la oscuridad, desde lo alto de la colina aún podía verse el sol. Pajom tomó aliento y subió corriendo por la ladera. En lo alto aún había luz. Lo primero que vio fue el gorro. Delante de él estaba sentado el jefe, riéndose a carcajadas y sujetándose la panza con las manos. Pajom se acordó de su sueño y gimió; las piernas le fallaron, cayó de bruces y alcanzó el gorro con las manos.

—¡Bravo! —gritó el jefe—. ¡Has ganado mucha tierra!

El trabajador de Pajom se acercó corriendo y quiso levantarlo, pero un reguero de sangre le corría por la boca: estaba muerto.

Los bashkirios chasquearon la lengua para expresar su tristeza.

El trabajador cogió el azadón, cavó una tumba lo suficientemente grande para alojar a su amo y lo enterró. Tres *arshines* de la cabeza a los pies le bastaron.

LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI (Yasnaia Poliana, 1828 - Astapovo, 1910). Novelista ruso, profundo pensador social y moral, y uno de los más eminentes autores de narrativa realista de todos los tiempos.

Después de un breve y poco afortunado intento por mejorar las condiciones de vida de los siervos de sus tierras, se entregó a la disipada vida de la alta sociedad aristocrática moscovita. En 1851 decidió incorporarse al ejército. En el Cáucaso entró en contacto con los cosacos, que influyeron mucho en sus novelas cortas.

Tolstói regresó a San Petersburgo en 1856, y se sintió atraído por la educación de los campesinos. Abrió en Yasnaia Poliana una escuela para niños campesinos en la que aplicó sus métodos educativos, que anticipaban la educación progresista moderna. En 1862, se casó con Sonia Andréievna Bers, miembro de una culta familia de Moscú. Durante los siguientes quince años formó una extensa familia, administró con éxito sus

propiedades y escribió sus dos novelas principales, *Guerra y Paz* (1869) y *Ana Karenina* (1877).

ELENA ODRIOZOLA (San Sebastián, 1967). Dedicarse a la ilustración no fue una decisión, fue algo que vino solo. Como si tuviera que ser así, como si no pudiera evitarlo. Eso sucedió en el año 1997 pero empezó desde que era muy pequeña. Poco a poco, sin prisas ni metas ni pretensiones. Y, por ahora, continúa, no sabe hasta cuándo. Supone que durará mientras lo disfrute o hasta… prefiere no saberlo.

Por el camino también trabajó en una agencia de publicidad y fue bonito mientras duró. Todo lo que aprendió allí le ha valido de mucho a la hora de interpretar los textos. Y también para saber que es mejor decir pocas cosas…

El Ministerio de Cultura español le concedió el Segundo Premio a las Mejores Ilustraciones de Libros Infantiles y Juveniles editados durante el año 2005 por *La princesa que bostezaba a todas horas*, escrito por Carmen Gil y publicado por OQO Editora.

Entre otros reconocimientos, es candidata al Astrid Lindgren Memorial Award 2012 y fue galardonada en la tercera edición de los CJ Picture Book Awards (Corea del Sur) por *Oda a una estrella* (Libros del zorro rojo).

Las ilustraciones de Elena Odriozola, de trazo delicado e intimista, con una paleta de colores suave y contenida, resuelven de manera eficaz, tanto técnica como conceptualmente, una secuencia de situaciones en las que la sutileza y la finura sobresalen como rasgos dominantes de esta excelente propuesta plástica.

Su obra fue seleccionada para la exposición *Ilustrísimos* con motivo de la presencia de España como país invitado en la Feria del Libro Infantil de Bolonia en 2005, donde ha expuesto en varias ocasiones.